

¿DE QUIÉN HABLAMOS CUANDO HABLAMOS DE AMBROISE PARÉ?

Dr. Miguel J. Maxit

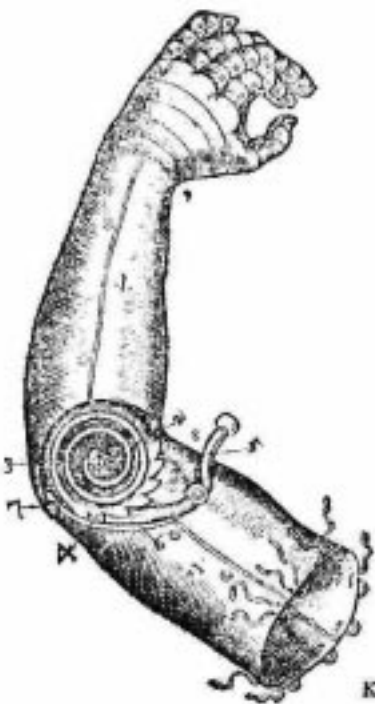
En dos artículos recientes de esta revista se mencionó el nombre de Ambroise Paré; en uno de ellos vinculando a la descripción inicial del neumotórax¹ y en otro como víctima de una enfermedad entonces desconocida². Mencionados así los nombres, generalmente a modo de introducción, poco se agrega sobre su persona, que cae en la oscuridad antes del desarrollo del tema. Lamentablemente mucha información valiosa se pierde; pero el tiempo falta y los apremios son muchos. Sin embargo, en el conocimiento de esa vida y de su tiempo hay sin duda alguna lección para nosotros.

Ambroise Paré (1510-1590) fue quien dio los mayores aportes a la medicina durante el renacimiento francés. Nació en un villorio cerca de Laval, en Maine, y tuvo un precoz entrenamiento como barbero cirujano cuando éstos eran considerados subalternos de los cirujanos, así como éstos últimos lo eran de los médicos propiamente dichos. Esto, algo difícil de entender para los valores y mentalidad actuales, tuvo su origen en una serie de decretos promulgados por los papas y los reyes en el medioevo. Una ordenanza de 1092 prohibía a los monjes el uso de la barba; así, los barberos pasaron a ser indispensables en los conventos. Los monjes solían practicar sangrías a los enfermos al igual que otras menores intervenciones quirúrgicas, pero un decreto papal de 1163 prohibió a los monjes el derramamiento de sangre, y estas prácticas pasaron entonces a manos de los barberos. Con el tiempo éstos formaron una corporación y eran conocidos como «los doctores del saco corto», a diferencia de los «del saco largo»: los cirujanos y médicos, de quienes los diferenciaba también el desconocimiento del latín, ¡tamaño ignorancia para la época!³. Los médicos eran los únicos que podían prescribir drogas. Paré probablemente adquirió sus primeros conocimientos en las provincias, pero en 1533 fue recibido en el Hotel Dieu de París como miembro del

plantel quirúrgico. Llegó a tener una práctica privada a la que pudo dedicarse en los siguientes 30 años sólo durante breves períodos de paz, pues habitualmente seguía al ejército francés en sus campañas. Llegó a ser maestro barbero cirujano en 1541.

La guerra fue la escuela de Paré. Como escribe en *Viajes a diversos lugares*⁴: «Aquí le mostraré a mis lectores los pueblos y lugares en los que encontré una vía para aprender el arte de la cirugía: para la mejor instrucción de un joven cirujano».

Su guerra era la de Francia (Francisco I) contra el Imperio (Carlos V). Las páginas de este libro están preñadas desde el inicio de la furia de la pólvora, de sangre, fortalezas y pueblos destruidos; de incesante dolor humano. Desde el comienzo la piedad tiene su lugar: «...entramos en la ciudad marchando sobre los cuerpos muertos, y algunos no muertos todavía, escuchándolos gritar bajo los cascos de nuestros caballos; y el escucharlos hacía doler mi corazón. Verdaderamente me arrepentí de haber abandonado París para ver tan penoso espectáculo». «Entré en un establo pensando alojarme en él con mi caballo y encontré cuatro soldados muertos y tres que se acurrucaban contra



una pared, sus rasgos desfigurados por completo, incapaces de ver, oír, hablar, con sus ropas aún calientes por la pólvora que las había quemado. Mientras los miraba piadosamente, un viejo soldado me preguntó si habría algún modo de curarlos. Dije que no. Él entonces se les acercó y cortó sus gargantas, con ternura, sin ninguna mala voluntad hacia ellos. Viendo esta gran crueldad le dije que era un villano: me contestó que le rezaba a Dios para que, cuando él se encontrara en esa situación, alguien hiciera con él lo mismo y no lo dejara acabarse miserablemente».

Recordemos que las armas de fuego habían hecho su aparición en años relativamente recientes, y la forma de curar las heridas que causaban era tema de disputa. En el primer libro de Juan de Vigo, *De las heridas en general*, octavo capítulo, se afirmaba que las heridas causadas por armas de fuego estaban envenenadas por la

misma pólvora, y basado en un principio pseudo hipocrático (que lo que el fuego hiere debe ser curado por fuego) el autor aconsejaba cauterizar las heridas con aceite de sauco hirviendo mezclado con un poco de opio. Dudando de aplicar este método por el gran dolor que acarrearía, Paré consultó con otros cirujanos y se decidió a aplicarlo. Pero quedó corto en aceite, «...y me vi forzado a aplicar una mezcla de clara de huevo, aceite de rosas y trementina» sobre las heridas y sin calentar. «Esa noche no pude dormir, temiendo algún error al no haber cauterizado, temiendo que estos pacientes murieran por el veneno de sus heridas, lo cual me hizo madrugar para controlarlos; y más allá de todas mis esperanzas, encontré que aquellos a los que había aplicado mi bálsamo tenían poco dolor, las heridas no estaban inflamadas ni hinchadas y habían descansado toda la noche; y a los otros, a los que había aplicado aceite hirviendo, los encontré febriles, con las heridas tumefactas y muy dolorosas en sus bordes. Entonces resolví no quemar más en forma tan cruel a estos pobres hombres con heridas de balas». «Vean como aprendí a tratar las heridas de balas; no con los libros».

Ambroise Paré había realizado el estudio controlado de un tratamiento, sin saberlo y quizá sin quererlo (¿se quedó realmente corto de su aceite de sauco? ¿no se podía cauterizar con aceite de rosas? ¿no había en la crueldad del método algo que inconcientemente lo llevó a desobedecer la palabra autorizada?). Como un médico extranjero le dijera al señor al cual Paré servía: «*Signor, tu hai un Chirurgico giovane di anni, ma egle e vecchio de sapere é di esperientra: guardalo bene, perche egli te hara servizio et honore*».

Paré parece haberse mantenido modesto en sus éxitos. Su lema fue: «Yo cuidé sus heridas. Dios lo curó» («*Je le pansay, Dieu le guarit*»).

Cosas extrañas contó Paré en sus relatos⁴. «Muchos soldados morían por el eco de las diabólicas tormentas de artillería, y la agitación vehemente y los golpes del aire actuando sobre sus heridas; otros porque no podían lograr descanso por los gritos y llantos que se sucedían día y noche, por la falta de buena comida u otras cosas necesarias para el tratamiento. «*Mon petit maitre*»; si Ud. hubiera estado allí sin duda les hubiera dado jaleas, tónicos, salsas, carnes prensadas, caldo, agua de cebada, leche de almendras, ciruelas, pasas y frescas, y otros alimentos propios de los enfermos; pero su dieta hubiera figurado sólo en los papeles, pues lo único que tenían era carne de viejas vacas famélicas, salda y cocinada a medias, que tenían que arrancar con sus propios dientes, como las aves de presa con su alimento. Ni debo olvidar los lienzos usados para vendar, los que lavaban diariamente y se secaban al fuego hasta que se endurecían como pergamino: dejo que te imagines como mejorarían sus heridas. Había cuatro gordas disolutas a cargo del cuidado de las vendas que debían mantenerse a raya con una vara. Y no había agua suficiente ni mucho menos jabón. Así es como los pobres pacientes

morían, por carencia de alimentos y otras cosas necesarias».... «Yo no pude satisfacer al gran número de heridos: ni tenía lo que quería para su tratamiento. Porque no es suficiente que el cirujano cumpla su deber hacia sus pacientes, sino que también el paciente debe cumplir el suyo, y sus asistentes, y las cosas externas, deben trabajar conjuntamente para él: vean Hipócrates, aforismo primero».

Con respecto al neumotórax, no sé si su descripción corresponde a este relato:

«M de Martigues miraba sobre la muralla para señalar a los que la estaban perforando, y recibió un disparo de arcabuz en su cuerpo y fui llamado súbitamente a vendarlo. Más aún, él tenía gran dificultad para respirar hacia adentro o afuera, y el aire salía silbando por las heridas, en forma tal que hubiera apagado una vela, y él decía que tenía un dolor de puñalada donde la bala había entrado. Retiré unos trozos de hueso y puse en cada herida un tapón de cabeza grande, asegurado con un hilo, no sea que durante la inspiración cayera aspirado a la cavidad del pecho, lo que le ocurrió a otros cirujanos en detrimento de los pobres heridos, porque habiendo allí caído no se podían sacar y producían corrupción, al ser cuerpos extraños.»

Otro de sus grandes hallazgos fue el modo de detener una hemorragia después de una amputación... «Y verdaderamente confieso: yo anteriormente usaba para detener la hemorragia otras maniobras de las que estoy ahora avergonzado y agraviado. Pero, ¿qué podía hacer? Había observado a mis maestros cuyos métodos pretendía seguir y hacer todo en forma parecida. Acerca de estas cosas no puede pensarse ni hablarse sin gran horror, mucho menos actuar de acuerdo a ellas. Pues esta clase de remedio no puede sino traer grandes atormentadores dolores al paciente. En consecuencia debo seriamente pedir urgentemente a todos los cirujanos abandonar ese viejo y demasiado cruel método de cura y abrazar una nueva manera, la cual no aprendí de mis maestros ni por orden alguna. Solamente lo leí en Galeno, que no hay remedio más veloz para detener la hemorragia que ligar los vasos que sangran». Aquí Paré parece haber vuelto a los libros, y su consejo fue ridiculizado por el decano de Medicina de París. Hasta ese momento los vasos eran cauterizados, al igual que las heridas de arma de fuego. Estas, las armas de fuego, fueron sus enemigas de toda la vida. «Por consiguiente, debemos todos nosotros con todo derecho maldecir a los inventores de tan perniciosas máquinas; y por el contrario, alabemos al cielo a quienes, por exhortaciones y palabra pías, puedan disuadir a los reyes de su uso».

Un autor, Sherwin Nuland, dice que Paré estaba «mucho menos fascinado por el proceso de la enfermedad que por el paciente, su hermano en el sufrimiento»⁵. Sus palabras, transcritas más arriba, tienen la elocuente sinceridad de un examen de conciencia profun-

do, «avergonzado, agraviado (por las cosas que he hecho), no poder hablar sin gran horror...». Sabemos que nuestra época no está libre de horrores; solamente que algunos están más disimulados o somos más indiferentes hacia los que ocurren diariamente, a ojos vista.

Ser testigo de tanta destrucción y sus secuelas: amputados, rostros destruidos, seres convertidos en despojos y, probablemente acuciado por la piedad que todo esto le provocaba, llevó a Paré a imaginar el modo de reparar tantas injurias. Creó así miembros artificiales: piernas de palo o metal; brazos y manos capaces de sostener una pluma; narices y ojos de oro y plata; dentaduras postizas con dientes de tiburón o trazos de marfil. Propuso evitar procedimientos inútiles y/o dañinos: criticó la castración que solía acompañar las operaciones de hernias inguinales, para las cuales diseñó bragueros; adaptó y creó un vasto instrumental quirúrgico, y sospechó que la sífilis se relacionaba con aneurismas aórticos.

¿Fue la visión de esos seres que había tratado de volver a la normalidad con sus máscaras y miembros de metal y falsos ojos relucientes, lo que despertó su interés por los monstruos? (Monstruo: producción contra el orden regular de la naturaleza. *Diccionario de la Real Academia Española*). «Sobre los monstruos y los prodigios» (1573) se llamó uno de sus libros, ilustrado con sus dibujos. Alguno de sus monstruos parece haber sido el inspirador de Caliban; en «La tempestad» de Shakespeare, la palabra monstruo aparece repetida 38 veces⁶.

Ganarse la vida para Paré, pese a su fama y habilidades, tuvo sus altibajos; pudo ganar la libertad al curar la úlcera crónica de una pierna, pero su situación económica tenía los sobresaltos generales de su vida. «Sus honorarios equivalían a una aventura por su irregularidad: un barril de vino, cincuenta ducados dobles y un caballo; un diamante; el Rey le ofrecía presentes honorables de gran valor, trescientas coronas y la promesa de que no se lo necesitaría más; otro diamante, esta vez del dedo de una duquesa; una bolsa de oro ofrecida por un soldado».

La fama y la guerra lo llevaron a relacionarse con Reyes. Enrique II de Francia lo nombró cirujano y curó su esterilidad al corregir una hipospadia. Su esposa, Catalina de Medici, después de años, le dio diez hijos. Cuando Enrique II murió, víctima de una lanza quebrada que le librara el Conde Montgomery en un torneo festivo, cuyos fragmentos lo herirían en un ojo y la garganta, Paré y Vesalius estuvieron junto a su cama (hay un célebre grabado que los muestra). Después de la muerte del rey corrieron rumores de que Paré había contribuido a su muerte con veneno. Pese a ello, continuó relacionado con la familia real como médico de la Reina Madre y de sus tres hijos y sucesivos reyes Francisco II, Carlos IX y Enrique III, con quien se extinguieron los

Valois. Eran tiempos crueles; Paré era probablemente hugonote (protestante) y esto lo hacía sospechoso ante los poderosos círculos católicos. Cuando Francisco II enfermó, Paré estuvo también a su lado. Tremendos factores de poder se jugaban alrededor del enfermo (su esposa era María Estuardo, que sumaba a la corona de Francia la de Escocia y los derechos legítimos al trono inglés). El rey contaba sólo 17 años, nunca había sido robusto y yacía víctima de una mastoiditis, con probables complicaciones intracraneanas. Paré siempre había aconsejado el drenaje pronto y completo de los abscesos y él mismo era un experto en la trepanación craneana. ¿Qué lo llevó a no ofrecer este tratamiento al rey?

Una terapéutica exitosa en alguien de sangre real tenía fuerza de ley. Stephen Liston⁷, en un interesante artículo conjeturaba sobre los factores que pesaron sobre Paré para no operar al Rey: ¿la oposición de la Reina madre?, poco probable, ya que ésta quiso recurrir a curanderos; ¿los horóscopos, que habían ya vaticinado con certeza la muerte de Enrique II, o el hecho de ser un hugonote, que en el caso de morir el rey, sería leña para una hoguera?. Rumores de envenenamiento se habían alzado contra él una vez y, ¿el padre de Hamlet no había sido envenenado por una pócima derramada en un oído? ¡Cuánto más fácil hubiera sido conducirse frente a un simple soldado o un campesino! El poder no sólo obnubila a los poderosos; crea una atmósfera que perturba a todos, como lo hizo con un médico hábil y compasivo como Paré. El drenaje no se realizó; el rey murió. No obstante, Paré, quien creía que los hugonotes podían ganar la vida eterna, tal como contestara a una sardónica pregunta de la reina, protegido por Carlos IX salvó su vida de la terrible noche de San Bartolomé.

La operación que Paré pudo realizar y no hizo significó una oportunidad perdida para la medicina. Recién en 1853 un médico de Dublin, William Wilde, introdujo la incisión post auricular, aconsejando no tocar el hueso. La moderna operación para una mastoiditis fue ejecutada por Schwarze en 1873. William Wilde tuvo un hijo que haría más famoso -y nefando- su apellido: Oscar.

Ambroise Paré murió en París en diciembre de 1590.

BIBLIOGRAFÍA

1. Premoli G, Ramos R, Pierini L, et al. Manejo del neumotórax. *Revista del Hospital Privado de Comunidad* 2003;1(6):51-3
2. Maxit M. Apuntes sobre la arteritis de la temporal. *Primera parte. Revista del Hospital Privado de Comunidad* 2002;2(5):84
3. *Enciclopedia Británica* 2001. Ambroise Paré.
4. Paré Ambroise. *Journeys in diverse places. The Harvard Classics* 1914.
5. Nuland SD. *Doctors. The biography of Medicine. New York. Vintaje Books* 1998
6. Kahan J. Ambroise Paré's. *Des monstres as a possible source for Caliban. Early Modern Library Studies* 1997; 4.1-11. vorliger@adyssee.net
7. Liston S. Ambroise Paré and the King's mastoiditis. *Am J of Surg* 1994;167:440-2